

embargo, junto con las escenas anteriores, fueron suprimidas en la versión de Custodio.

Con ser estos errores tan imperdonables, no son todos los que tienen la adaptación. En el segundo acto, guiado por un raro afán de suprimir personajes, Custodio hace que Casandra se queje de la conducta del duque, ante Aurora, la sobrina del propio duque, y no ante la doncella como el autor marcó. Es decir: Custodio ha puesto en boca de una dama noble, los parlamentos de una doncella de servicio. Y puesto que además, Aurora ha revelado antes de esta escena que tiene un gran afecto por su tío el duque, la licencia que se ha tomado el adaptador es incomprensible. Finalmente, en el tercer acto, se ha suprimido también la escena en la que se da la noticia de la evolución que ha sufrido el carácter del duque y eliminado varios parlamentos más, de igual importancia.

Sometida a este tratamiento, de *El castigo sin venganza* no ha quedado más que el esqueleto, un esqueleto que no permite apreciar la riqueza de la obra y que elimina de esta representación la mayor parte de la belleza y el sentido del texto original.

A esta adaptación tan deficiente hay que agregar una dirección equivocada y pobre, debida también a Alvaro Custodio. El hizo que los actores declamaran su breve síntesis de *El castigo sin venganza*, con un extremado tono plañidero que no sólo resulta monótono en extremo, sino que anticipa indebidamente los sucesos. Así, por ejemplo, Federico no tenía por qué hablar como si supiera de antemano lo que Casandra le va a contestar (cuando le declara su amor a ésta), pues en su siguiente parlamento aclara que él esperaba otra cosa; ni tampoco Aurora tenía por qué aparecer desde el primer instante con una expresión de dolor tal que hace suponer que sabe todo lo que va a ocurrir, ni ninguno de los personajes masculinos tiene por qué diluir la natural gallardía con que los ha dotado el autor, en un continuo suspirar y quejarse que no corresponde en lo absoluto ni a su carácter ni a su situación.

Aparte de esto la obra está movida con evidente pobreza, lo que hace que las escenas parezcan siempre las mismas a excepción de las del primer acto, en las que los personajes principales dan continuamente la espalda al público, impidiendo que éste advierta sus reacciones. Además, Custodio sigue durante toda la obra el sistema de dar énfasis a las situaciones haciendo que los actores subrayen con movimientos lo que expresan con palabras, lo que en un caso como éste, hace que el énfasis se duplique y las situaciones pierdan su natural poder dramático. Esto es igualmente aplicable a todos los monólogos y a varias de las escenas de amor, que en la versión que el Teatro Español de México ofrece, han perdido gran parte de su belleza.

De los actores sólo puede mencionarse a Carlos Bibriesca, a quien su natural presencia escénica y hermosa dicción salvan, en parte, del fracaso en el que cayeron los demás, víctimas de la dirección o de su falta de recursos.

La escenografía y el vestuario, excesivamente recargados, resultan demasiado evidentes y por lo tanto no funcionan debidamente.

LIBROS

BEATRIZ ESPEJO, *La otra hermana*. Cuadernos del Unicornio. México, 1958, 20 pp.

Juan José Arreola se ha lanzado a su tercera empresa editorial: "Cuadernos del Unicornio." La presentación tipográfica del cuaderno que encabeza la serie es magnífica (alabar el buen gusto de Arreola es un pleonismo). Parece que Arreola tiene algo de mago; lo que toca lo reviste de una atmósfera mágica. Asociar los nombres de Arreola, El Unicornio, Espejo, se antoja un conjuro. Pero nuestra conciencia de críticos nos salva de la fascinación. *La otra hermana* es un texto interesante, al cual debemos hacer justicia. Las virtudes y los defectos de la autora pueden aplicarse a un buen sector de nuestra literatura. Seremos estrictos, porque en ella quisiéramos escarmentar a la generación perdida; pero indulgentes, porque los pecados de Beatriz Espejo son los de muchos de nosotros.

En su brevedad, esta obra casi constituye una promesa. La autora da señales de gran habilidad literaria (no mencionaré las influencias, por haber sido justamente asimiladas: sería tonto y mezquino citar nombres); un escritor consagrado no se avergonzaría de firmar algunos de estos fragmentos. Su pluma, precisa y brillante, apunta sorprendentes caligrafías; pero su trazo degenera en rasgos tan finamente subjetivos, que nos hacen temer por su porvenir. Desde la primera página plantea una problemática que sólo puede desembocar en el silencio, o en círculos viciosos. La autora, con entusiasmo adolescente, desnuda su espíritu (la malicia está en razón directa al exhibicionismo). Nos muestra un sentimentalismo malsano, con los indispensables elementos de crueldad y de prematuro desencanto ante la vida. No predicamos el optimismo; sólo señalamos los riesgos de luchar contra todo, sin darse cuenta que existen algunas cosas buenas. Cuando el escritor pretende ridiculizar, primero necesita descubrir las cosas respetables. Donde todo es ridículo, se pierden los puntos de referencia. Ha habido grandes escritores pesimistas; pero en medio de sus tormentos psicológicos supieron firmar un pacto con su conciencia, y pudieron realizar una obra fecunda. En cambio, los pequeños endemoniados, de obra estéril y casi siempre olvidada, fueron incapaces de distinguir la chispa que encierra toda tiniebla. Este problema es muy personal y trascendente. Nadie puede señalarle el camino al escritor; él mismo debe probar su coartada para justificarse ante su conciencia; de otro modo, fácilmente se frustra la maravillosa aventura literaria.

C. V.

PABLO MAX YNSFRÁN, *La expedición norteamericana contra el Paraguay*. 1858-1859, t. II. Editorial Guaranía, México, 1958, 278 pp.

Veinte buques en total —once vapores y nueve veleros— artillados con doscientas bocas de fuego, al mando del comodoro William Braford Shubrick, navegaron hace cien años con rumbo a Asunción del Paraguay. Fue aquélla la más

poderosa escuadra que hasta 1858 zarpara de puertos norteamericanos.

¿Por qué todo aquel imponente aparato de guerra? ¿Cuáles fueron las razones que determinaron al gobierno del presidente James Buchanan a dar a su plenipotenciario, el juez James Buttlet Bowlin, las enérgicas instrucciones que éste traía, y al almirante Shubrick la orden de usar la fuerza a su mando contra las de la pequeña república sudamericana en caso de que el presidente Carlos Antonio López rechazara las exigencias del Departamento de Estado?

Los antecedentes de la sonada expedición constituyen el tema del primer volumen, aparecido años atrás, de la obra de Pablo Max Ynsfrán. El tomo de que aquí nos ocupamos, historia el debate sobre la expedición en el senado norteamericano, la composición y partida de la escuadra, la agitación internacional que ésta, al ser despachada, suscitó en el Hemisferio, y el desenlace feliz del que pudo ser un cruento drama. (Todo esto sucedió —e Ynsfrán no lo olvida en su libro— no mucho antes que los Estados Unidos y el Paraguay, respectivamente, se vieran arrastrados a las guerras más sangrientas que registra la historia de las Américas.)

La obra total consta de veintidós capítulos, seis apéndices, una copiosa información de las innumerables fuentes consultadas, en diversos idiomas, y un índice alfabético de los dos volúmenes, inserto en el segundo. Está también ilustrada con numerosos grabados que reproducen fotografías de estadistas, de hombres de guerra, de los buques de la escuadra y de documentos de vario jaez.

Pablo Max Ynsfrán, hombre de estado, publicista e historiador de brillante actuación en su país, el Paraguay, hoy profesor de la Universidad de Tejas, ofrece con esta obra el fruto maduro de largos años de afanoso estudio. Tanto por el estilo claro, limpio, directo, como por el método historiográfico en ella seguido, la obra de Ynsfrán puede servir de modelo a las de su género.

Nada hay más opuesto a la índole intelectual del profesor Ynsfrán que la "brillantez", la retórica huera y fácil, la conclusión o tesis temeraria o la afirmación gratuita. Tampoco hay "patriotismo" en Ynsfrán. El historiador censura o elogia a compatriotas y extranjeros con imparcial ecuanimidad. Y eso que entre los personajes históricos que él hace revivir en sus páginas, hay varios que han sido objeto de las apreciaciones más apasionadas y menos sensatas.

Por otra parte, no por escrupuloso, crítico y reflexivo, ha desdeñado Ynsfrán las exigencias del arte literario en sí. Los dos volúmenes son todo amenidad, buen gusto, fácil lectura. Los hechos que él relata han sufrido una reviviscencia a base de infinitos documentos iluminados por una recreadora imaginación. Y una corriente de fina ironía pasa por sus páginas como para mostrarnos que la Historia, la más objetiva, la más preocupada en decirnos cómo los hechos realmente han sido, puede también sonreír sin perder su rigor y decoro.

H. R. A.